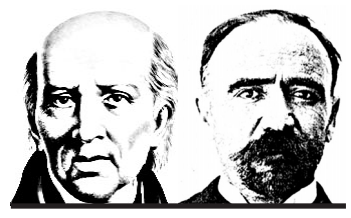
La primera de todas las fiestas empezaría en la noble ciudad de Valladolid (hoy Morelia)



Dos Siglos de Historia...
EN EL SIGLO DE TORREÓN

Coordinación de la serie:
Yeye Romo Zozaya

Ecos de este frenesí se hicieron sentir aun en lugares lejanos como Parras

VORÁGINE DE LIBERTAD

Jura y celebración de la Independencia del Imperio Mexicano (1821-1822)

POR ENRIQUE SADA SANDOVAL

Durante los años 1821 y 1822 se verificó una serie de fiestas de carácter público que fueron marcando la caída del absolutismo español y la difícil organización de un gobierno propio en el México independiente. Estas fiestas cívicas constituían un verdadero encuentro entre todos los mexicanos, quienes, pese a la enorme distancia que les separaba de uno a otro punto tanto como de los principales acontecimientos de la capital imperial mexicana, se identificaron a través de los mismos, por primera vez en la historia, como iguales. Era el tránsito de lo pequeño a lo grande, la proyección de lo cercano e inmediato hacia la página inmortal por excelencia en la historia nacional, misma que los hizo partícipes de una gloria que en ese instante se saboreaba universal.

México nace como país independiente el 27 de septiembre de 1821, después de haber padecido más de once años interrumpidos por al menos cuatro intervalos de guerras civiles y raciales que, no obstante el haberse manifestado tiempo después como de carácter independentista, nada habían logrado por su naturaleza acéfala, desastrosa y fratricida.

Este gran acontecimiento llenó de días simbólicos a un calendario que las convertiría en fiestas públicas o en ceremonias privadas. Ellas tendrían que ver con la independencia y sus pactos, con la instalación del Congreso, y con los rituales de la monarquía, incluida la familia imperial. Para las fiestas del primer Imperio, se usó el ceremonial que había empleado en la corte española durante los trescientos años que gobernó la Nueva España. Por eso no faltaron los símbolos y ritos más importantes de las monarquías europeas, aunque adicionaron los propios de su nuevo lenguaje político.

Son precisamente las grandes fiestas de la Independencia y del establecimiento y legitimidad de la monarquía, las que evidencian que desde 1821 se vivió la necesidad de transformar las ciudades para que los nuevos símbolos formaran parte de la cultura patriótica recién forjada.

La pasión que generaba el Padre de la Nación Mexicana y su hazaña, daría pie al frenesí patriótico que habría de palparse, y que acorde a la importancia del momento histórico, exigía inmortalizarse a través de una serie importante de bailes, saraos y otras tantas ceremonias con las que la patria celebró su independencia bajo los augurios más visionarios y prometedores. La primera y más significativa de todas las fiestas empezaría en la misma cuna del Libertador, en la noble ciudad de Valladolid (hoy Morelia), donde en agosto de 1821 fue recibida en fastuosa recepción popular nada menos que la misma Doña Ana María Huarte de Iturbide "digna esposa del inmortal héroe mexicano" y futura primera Emperatriz Constitucional de México. Arcos de triunfo, música, canciones patrióticas, letreros alusivos a la independencia, colgaduras, banderolas, flores, cadenas rotas pintadas, un carro triunfal donde montaron a la ilustre Doña Ana a la que se hicieron honores de Capitán General, doncellas vestidas de verde, blanco y rojo en alusión a las tres garantías y copiosas lágrimas de ella y del respetable, fueron, entre otras cosas, el pretexto de los vallisoletanos para demostrar que tenían "sentimientos de decoro e ilustración", acompañándola de vítores, cañonazos, gallardetes, flores y grandes colgaduras de tela tricolor que pregonaban el fervor y la alegría de los vallisoletanos, siendo Doña Ana honrada con la representación pictórica de uno de los más fastuosos arcos triunfales en donde aparecía una carroza tirada por mulas, misma en donde se dejaba ver un brazo como saliendo de una nube, vestido este último con el distintivo de los tres galones, empuñando una espada con la que parecía acabar de cortar unas cadenas que en efecto se veían destrozadas, leyéndose en la parte interior, a manera de leyenda, una octava:

"La que obtuvo esa mano poderosa
y el mismo que rompió nuestras prisiones
Iturbide y su fiel, su digna Esposa
(no busquemos mejores expresiones).

Son tus hijos, Ciudad muy venturosa;
de otra gloria mayor nunca blasones,
ni olvides que esta Esposa agradecida
vuelve al suelo feliz que le dio vida".

La que habría de ser la próxima Soberana de México recibió el resto de los honores y homenajes por parte de todas las autoridades eclesiásticas, civiles y militares lo mismo que del pueblo llano en donde se ofreció un brindis y un espléndido concierto cuyo júbilo cautivó a todos por igual. La entrada de Iturbide en Puebla el dos de agosto de 1822 fue en sí extraordinariamente majestuosa, sorprendente y hasta políticamente atrevida y visionaria por el detalle significativo que habría de distinguirla en comparación con las muchas otras que habrían de verificarse a lo largo y ancho del flamante nuevo Imperio, así la recordaban incluso algunos ancianos a principios del siglo XX. La entrada del Libertador en la imperial Basílica Angelopolitana, su asistencia a misa solemne con panegírico del obispo Pérez tenía el carácter de una verdadera consagración y reconocimiento de la Independencia misma para todo el país y coronada con frenesí, en tanto, Iturbide acompañado del obispo apareció en el balcón del palacio episcopal ante las multitudes congregadas, mismas que en esta ciudad habrían de ser las primeras en empezar a corear "¡Viva Agustín Primero, Emperador de México!", y a realizar pintas de dicha frase mucho antes que el pueblo y el ejército de la Ciudad de México la madrugada del 18 de mayo de 1822. Sin embargo, este gesto de frenesí popular fue lo único que empañó la alegría del Libertador aquel día, quien enterado ordenó borrar de inmediato dicha leyenda de las bardas y callar las voces que lo exaltaban desde un principio al trono mexicano.

El 27 de septiembre de 1821 se llevó a cabo la entrada del Ejército Imperial de las Tres Garantías a la Ciudad de México -fecha que coincidía extraordinariamente con el cumpleaños 38 del Libertador de México- día que fue considerado como el momento definitivo que marcaba el inicio de la emancipación política. Más de sesenta mil concurrentes presenciaron esa marcha del mayor ejército que se había visto en la Capital -más de dieciséis mil hombres para los que se construyó el primer arco del triunfo- encabezado por un Iturbide al que le dolía una pierna, pero que iba sobriamente vestido de casaca redonda color avellana oscura, chaleco cerrado claro, calzón de paño blanco, la banda tricolor al pecho, calzado con recias botas portando como distintivo tres plumas con los colores nacionales y montado en un caballo azabache con lucero blanco, llamando la atención de todos por su sobriedad aunada a la gallardía que por naturaleza le era tan propia como admirable, vitoreado y aplaudido no por todos los sectores de la sociedad, quienes desde calles, balcones y azoteas adornados e iluminados por los mismos ciudadanos, fueron testigos del suceso. Lucas Alamán recordaría, además de la notable presencia de las mujeres que desde las mirandas de sus casas llamaban la atención no sólo por sus moños y cintas de tricolores, la importancia de dicho acontecimiento: "La alegría era universal, y puede decirse que este ha sido en todo el largo curso de una revolución de cuarenta años el único día de puro entusiasmo y de gozo, sin mezcla de recuerdos tristes o de anuncios de nuevas desgracias, que han disfrutado los mejicanos. Los que lo vieron conservan todavía fresca la memoria de aquellos momentos en que la satisfacción de haber obtenido una cosa largo tiempo deseada y la esperanza halagüeña de grandezas y prosperidades sin término, ensanchaban los ánimos y hacían latir de placer los corazones".

El triunfo del 27 de septiembre, previo a la jura del 27 de octubre, no tuvo par: "Desde muy temprano había salido la división del general Filisola rumbo a Chapultepec, donde se incorporó al grueso de las tropas que desde este punto se extendían por la calzada de la Verónica y el camino de Tacubaya. La gente se agolpaba por las calles y las plazas donde habría de pasar el ejército más espléndido y numeroso que hasta entonces se había visto en México. Las casas, según refiere Carlos María de Bustamante, estaban adornadas con flores y vistosas colgaduras que ostentaban los colores que encarnaban las Tres Garantías inmortalizadas en el Plan de Iguala y en nuestra Bandera Nacional, mismos colores que los habitantes de la ciudad pusieron con cocardes o listones en su pecho en aquel momento de júbilo, en tanto, el Libertador y Primer Jefe del Ejército Imperial de las Tres Garantías seguía su camino triunfal hacia el Ayuntamiento capitalino y ante el azoro del pueblo frente a su héroe. Se adelantó el alcalde Ormaechea, quien era el alcalde más antiguo, para entregarle a Iturbide las llaves de oro de la ciudad, en tanto Iturbide bajaba del caballo para devolvérselas al mismo alcalde diciéndole:

"Éstas llaves, que lo son de las puertas que únicamente deben estar cerradas para la irreligión, la desunión y el despotismo, como abiertas a todo lo que puede hacer la felicidad común, las devuelvo a vuestra excelencia fiando de su celo que procurará el bien del público a quien representa".

Para Carlos María de Bustamante se trató del "día más fausto que pudiera ver la nación mexicana". Desde el balcón principal del otrora palacio virreinal, el Libertador Iturbide pasó revista al ejército junto con Juan O'Donojú, quien fuera el último virrey representante de la corona española. Luego el héroe mexicano asistió a una magna función en Catedral asistida por el arzobispo -ocupando el lugar que se destinaba a los virreyes- para refrescarse después en un banquete que le ofreció el Cabildo. Hacia la tarde se presentó en otro desfile por las iluminadas calles de la Capital, y en la noche no se perdió la función de teatro, donde siguió recibiendo aplausos y vivas.

Al día siguiente, 28 de septiembre, fueron solemnemente instaladas la Regencia y la Junta Provisional Gubernativa y después fueron a Catedral a dar gracias. Y para seguir con los agradecimientos por el venturoso suceso de la emancipación, se organizó una ceremonia religiosa que ocurrió en la Villa de Guadalupe el 12 de octubre siguiente, a la que asistieron los principales funcionarios encabezados por el presidente de la Regencia, Agustín de Iturbide. Al cumplirse un mes de la entrada triunfal y pacífica del Ejército trigarante a la Capital, el sábado 27 de octubre tuvo lugar en esta misma ciudad la jura solemne de sostener la independencia. La Regencia había ordenado que en todos los confines del Imperio se hiciera esa jura, "en la forma y con la magnificencia que se hacían antes las juras de los reyes", que ocurrió poco a poco entre los meses de septiembre de 1821 y marzo de 1822. Según las actas enviadas desde muy diversos pueblos, villas y ciudades que fueron obligados a reportarlo, se trató de un gran festejo que incluyó a veces baile, iluminación, además tres días de peleas de gallos y de corridas de toros, entre tantos otros casos.

La jura, que tuvo lugar en la Ciudad de México ese 27 de octubre, fue convocada para todo el público en la plaza de armas, donde dentro de la elipse en que estaba colocada la estatua ecuestre del monarca Carlos IV, se montó sobre ella una especie de templete o catafalco que la cubría toda, según se puede apreciar incluso en las representaciones pictóricas que se hicieron sobre dicho acontecimiento. En su base pusieron unos lienzos llenos de figuras alegóricas que representaban la elevación de la América Septentrional al rango de nación independiente y libre, simbolizada por un trono en el cual estaban el cetro y la corona imperial. También "la América que subía unas gradas conducida por Iturbide" y otra con los generales del ejército trigarante con sus respectivas plumas y banda tricolor. Por último pintaron varios "genios" con carcaj, flechas y macana -en alusión a los guerreros precolombinos- que sostenían un letrero que decía: "Al solio augusto asciende, que ya de nadie tu corona pende". La parte alta de la estatua del monarca español quedó cubierta con un remate en el que estaba un nopal sobre el que se paraba un águila que simbolizaba la Libertad de la Nación.

Los edificios de la plaza de armas transformaron sus fachadas, como el de las casas consistoriales, que tenía un gran cuadro que contenía una pintura alegórica de una "hermosa matrona" coronada de torres con el escudo de armas a sus pies, que simbolizaba la Ciudad de México, flanqueada por la Libertad y por la Paz que le ponían respectivamente su gorro y su corona de laurel. Muchos inmuebles públicos compitieron por el mejor adorno y no faltaron los arcos de triunfo adornados con candiles de plata y de cristal. Los miembros del Cabildo y algunas corporaciones hicieron juramento de sostener el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba –donde O'Donojú reconocía la independencia. Por la tarde se formó un paseo del pendón imperial que anduvo por las calles del Portal de Mercaderes, de Plateros, de San Francisco, Vergara, Santa Clara, Tacuba, Escalerillas, Reloj y Seminario hasta volver al templete donde el rey de armas leyó el acta de independencia y el Plan de Iguala para que después el alcalde con el pendón en la mano hiciera la primera proclamación de cara al oriente, a lo que respondió la gente del pueblo que así la juraba recibiendo a cambio algunas monedas acuñadas para la ocasión que les fueron arrojadas. Al son de las salvas y de los repiques se procedió a la jura hacia los otros tres puntos cardinales.

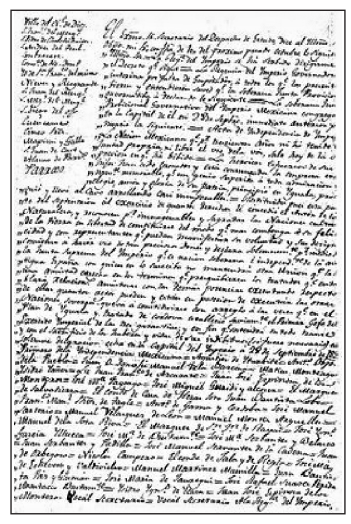
Aunque esa tarde fue lluviosa, la plaza mayor y las calles aledañas estuvieron siempre encendidas y repletas de un público que gozó de las ceremonias y que disfrutó en la noche de la iluminación del templete y de los principales edificios, luces que se prolongaron por tres días. Lugar importante ocupó el teatro que ofreció comedias en esas fechas, para lo que fue ricamente adornado e iluminado. Al día siguiente hubo una misa solemne en Catedral para "implorar por la felicidad del Imperio", y en la tarde tuvo lugar una corrida de toros. El tercer día fue de "besamano general" que significó la felicitación de las corporaciones a Iturbide, quien respondió con un discurso, y el cumplido que recibieron los regentes por parte de las autoridades, de eclesiásticos, de seculares y de la oficialidad del ejército.

La penúltima solemnidad de ese año de 1821 fue el 16 de noviembre, con una función en la iglesia de San Francisco en honor de la Virgen María en el misterio de su Inmaculada Concepción, por cumplirse el primer aniversario de la partida de Iturbide de la Capital para empezar su campaña independentista y que tuvo lugar por la mañana y la tarde. Agustín dio gracias a Dios, quien por su mano acordó la empresa de liberación. Varios coros cantaron un Te Deum, mientras los de la Regencia y algunas corporaciones desfilaron en procesión por ciertas calles -en una carrera dilatada que llegó hasta Santa Isabel- hacia la tarde de ese día. El cronista de la Gaceta Imperial de México concluyó su reseña afirmando que se había tratado de una demostración positiva de que el pueblo de México sabía apreciar el mérito y las virtudes del libertador de la patria y respetar los actos religiosos, al tiempo que manifestaba su placer con "moderación y templanza".

Ecos de este frenesí se hicieron sentir en muy distintas fiestas y alegorías aun en los lugares más lejanos de México como Parras, Nueva Vizcaya (Durango), Cuatrociénegas e incluso en las muy distantes Provincias Internas y de Oriente que hoy constituyen el sur de la Unión Americana.

La última gran ceremonia de aquel año tendría lugar el 30 de diciembre en el Santuario de Nuestra Señora de la Piedad, ceremonia que en efecto resumía el espíritu fraternal y prometedor que embriagaba por igual a todos los ciudadanos de una nueva gran nación: una misa solemne de acción de gracias, como bien rezaba el ceremonial de aquel evento, por haberse conseguido una gloriosa independencia "sin efusión de sangre y sin los demás horrores consiguientes a la guerra".

Alegoría en cantera del Imperio Mexicano ubicado en Durango (Nueva Vizcaya) c. 1821.



Copia del Acta de Independencia destinada para Parras y La Laguna en 1821.

Óleo que muestra a Don Agustín de Iturbide, originario de Saltillo c. 1821–1823.

Si tiene comentarios, escríbanos a:
yromo@elsiglodetorreon.com.mx